



LOS TENIS DE CARLOS

Kipatla 
Para tratarnos igual

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Autora
Nuria Gómez Benet

Ilustración, diseño y formación
Cecilia Lemus
Emilio Watanabe
Arturo Ruelas

Editor
Arturo Cosme Valadez

Primera edición: 2004
Segunda edición: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para tratarnos igual)
ISBN: 978-607-8418-55-8 (Los tenis de Carlos)

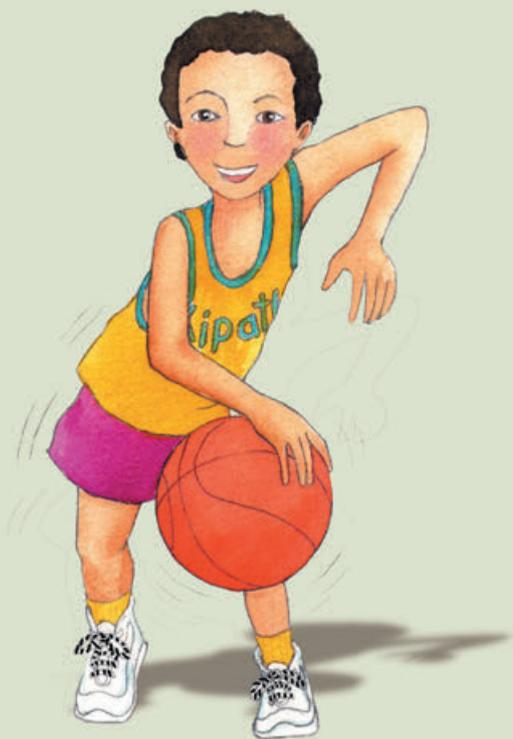
D.R. © 2018. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
11590, Ciudad de México.

www.conapred.org.mx

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

LOS TENIS
DE CARLOS

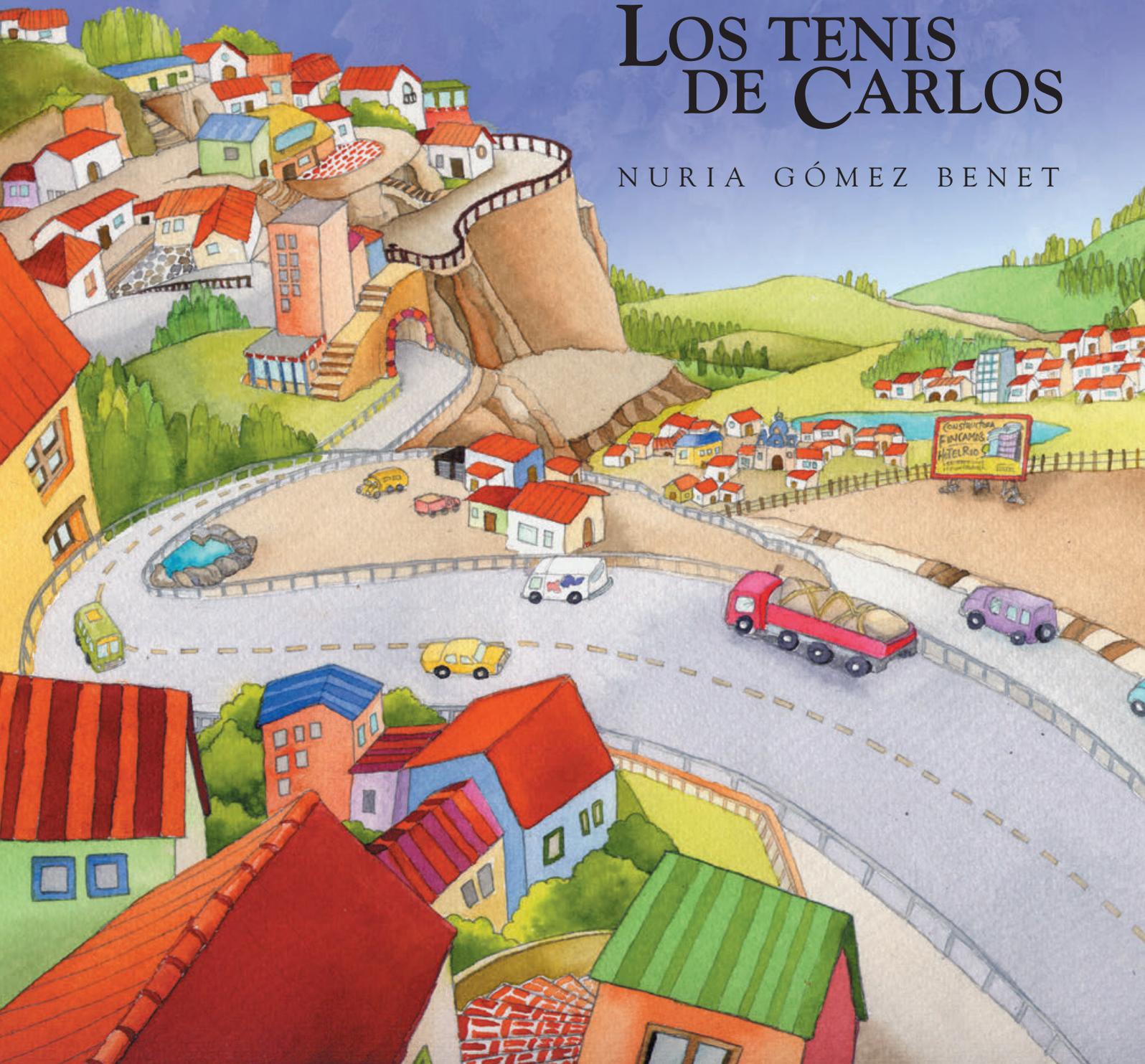


“**T**odos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos, sin distinción de raza, color, sexo, idioma, religión, origen social, posición económica o cualquier otra condición”.

*Declaración Universal de los
Derechos Humanos, artículo 2*

LOS TENIS DE CARLOS

NURIA GÓMEZ BENET



¡Y dale con lo mismo!

Ya lo sé. Cada vez que mi papá termina una obra me dice:

–Carlos, m’hijo, nos vamos de aquí. Cayó trabajo en otra ciudad

Yo ya nada más pienso:

¡Otra vez! ¡Y dale con lo mismo!

Mi papá se llama Crescencio Arenas. Trabaja en la constructora Fincamás y lleva años ahí. Los arquitectos, sus jefes, lo quieren porque es muy bien hecho y tiene experiencia en todo tipo de trabajos de albañilería. Siempre lo llevan a todas las obras y por eso andamos de acá para allá: un año hacen un edificio de oficinas en la capital, otro año unos departamentos en el puerto, otro una clínica en Gaucín de la Loma, al siguiente una plaza comercial en Cayauco... y ahí voy yo con él. ¡Ya perdí la cuenta de las veces que nos hemos mudado!

La plaza comercial de Cayauco quedó bonita, la verdad. Creo que fue lo único que me gustó de ahí. Por lo demás, en ese lugar me fue de la patada. Hasta me dio gusto cuando mi papá avisó que ya nos íbamos:





–Nos vamos a Kipatla. Dicen que es un lugar hermoso, que tiene una escuela muy buena.

Yo me quedé pensando que cualquier escuela en cualquier parte del mundo era mejor que seguir yendo a la de Cayauco, con esa bola de sangrones que me habían tocado en el salón.

En todo el año no logré tener un solo amigo. Desde el primer día, tuve problemas. Todo empezó cuando la maestra dijo:

–A ver, Cada quien va a decir su nombre y nos va a platicar algo de él. Los demás le vamos a preguntar lo que queramos saber de él.

Cuando me tocó a mí empecé:

–Yo me llamo Carlos Arenas. Tengo 11 años y soy nuevo en esta ciudad.

–¿Y dónde vivías antes? –me preguntó una niña.

–¡Uy, pues en muchos lugares! En el puerto, en la capital, en Gaucín de la Loma.

–¿Y por qué has vivido en tantos lugares?– preguntó otro que estaba detrás de mí.

–Porque la constructora donde trabaja mi papá lo cambia de ciudad según la obra.

–¿Es ingeniero tu papá?– preguntó la maestra.

–No –le dije–, es albañil.

¡Ahí empezaron mis problemas! Yo creo que, como se sabe que los albañiles no han estudiado carrera y no ganan tanto dinero como



otras personas que son ingenieros, o doctores, o los que tienen carrera técnica, de ahí se agarraron para burlarse de mí. Se empezaron a fijar en mi ropa, en mis zapatos, en mi mochila, en mis cuadernos, nada





más para ver si eran baratos o caros. Me quedé sentado en el último mesa-banco del salón, sin que nadie se me arrimara.

Creo que lo más gacho fue la ocurrencia de una chava. Un día, en el recreo me gritó desde lejos:

–Oye, Carlitos... ¿cuál es tu apodo?

–No tengo apodo– le contesté muy serio.

–¡Uy, qué triste! ¡Es tan, pero tan pobre Carlitos que ni siquiera tiene apodo!

¡Yo me puse furioso! Si no dije nada, fue por no meterme en peores problemas. Pero ella le siguió.

–Como yo soy tan buena, mira, te voy a regalar uno para que siquiera tengas apodo. Mmmm... ¡Ya sé! ¡El Zarra! Te vamos a decir *El Zarra*, porque eres un zarrapastroso.

Desde ese día, entre risa y risa, todos se olvidaron de mi nombre. Cuando había que armar los grupos de trabajo, o los equipos de básquet o de futbol, siempre me tenía que colocar la maestra en alguno, a la fuerza ¡y los demás me recibían con unas carotas...!

Por eso, cuando mi papá me dijo que me iba a inscribir en la escuela nueva, en Kipatla, pensé:

–Esta vez nada de “¡Dale con lo mismo”! Yo veo cómo le hago, pero lo de Cayauco a mí no me vuelve a pasar.

El plan Anti-Zarra

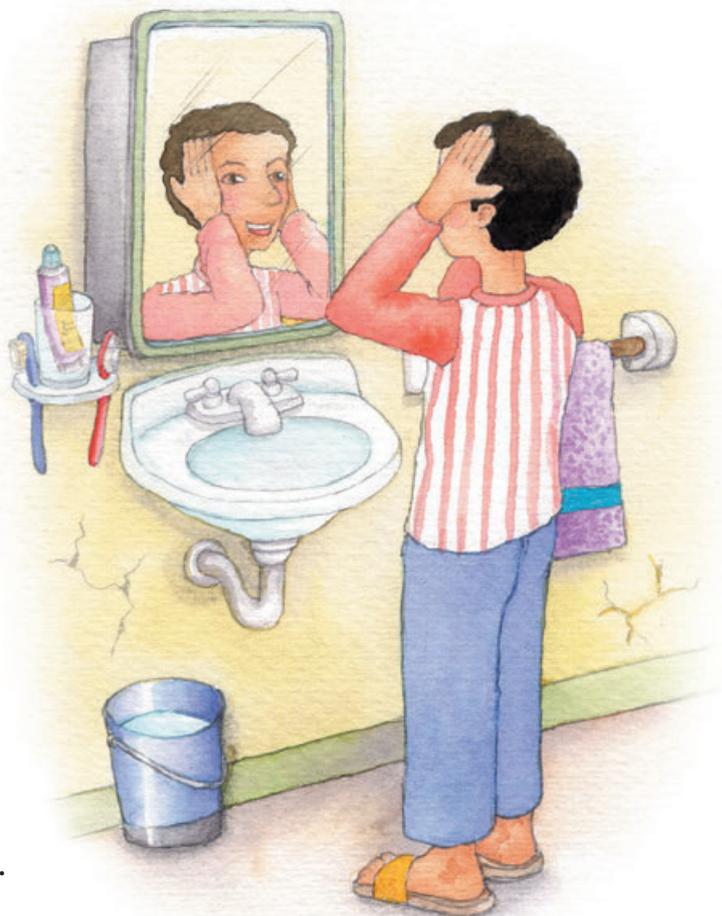
En cuanto nos mudamos a Kipatla comencé a pensar un plan para que nadie me molestara en la escuela nueva. Desde el momento en que pasé por debajo del letrero que dice: Escuela Primaria Rigoberta Menchú Tum, empecé a aplicar el plan Anti-Zarra. Sólo tres pasos, sencillos y fáciles. Lo importante era que no se me olvidaran nunca:

Uno: ir a la escuela siempre lo mejor arreglado posible.

Dos: no invitar a nadie a mi casa, para que no vieran dónde vivía. (La vivienda que habíamos alquilado apenas tenía dos cuartitos y era de puro adobe).

Tres: comer mi almuerzo solo. No se trataba de enseñar que siempre llevo plátano y tostadas; no torta de jamón o pastelitos comprados, o manzanas, como muchos otros compañeros.

Así le hice. Siempre tenía mi plan en mente y las cosas me empezaban a salir bien. El plan Anti-Zarra funcionaba.





Una chavita del salón, que se llama Elena, se hizo mi amiga pronto. Me agarró de sorpresa, porque apenas era la segunda clase de deportes y ella, que era capitana de un equipo de básquet, se me quedó mirando y me preguntó.

–Tú, el de verde... ¿cómo te llamas?

–¡Uy!– pensé yo –Ahora ésta también me va a preguntar que si tengo apodo. ¡Y dale con lo mismo! ¡Adiós plan! –Pero no, Elena se portó muy amable.

–Es que no soy muy buena para grabarme los nombres, perdón.

–Carlos– le dije ya más tranquilo.

–Pues escojo a Carlos para mi equipo también.

¿Se imaginan lo contento que me puse? Hacía años que nadie me escogía así, cuando todavía quedaba tanta gente por meter en los equipos. Es muy buena gente Elena... y hasta un poco guapa, aquí entre nos.



Un profe y un torneo

El profesor de deportes se llama Aldo. Es el que mejor me cae, porque es bien buena onda conmigo. ¡Y eso que al principio creí que iba a tener broncas con él! Es que un día, como a la tercera clase, cuando sonó la campana, dijo, como siempre:

–¡Adiós a todos! Nos vemos la próxima clase.

Yo ya estaba recogiendo mi suéter, cuando oigo que me llama:

–Carlos, tú ven conmigo un momentito.

–Sí, profesor– le contesté intrigado.

–¿Qué pasó con los tenis?– señaló mis zapatos negros.

–¡Chin!– pensé yo. –¡Ya se dio cuenta de que no tengo! ¡Por lo menos no me lo dijo enfrente de todo el grupo!

–Los días de deportes hay que traer tenis. ¿No sabías?

–Sí, sí sabía, profesor, pero es que... la verdad... pues no nos alcanzó para comprarlos, con tantos útiles... –Yo creí que me iba a regañar, pero sólo me dijo:

–Bueno, pues ahí, en cuanto se pueda, los compran. Mientras, es más importante que no faltes a la clase, porque juegas bien al básquetbol.

–¿Usted cree?!

–Seguro: tienes idea de la estrategia, sabes hacer equipo...





Si sigues así, te meto al torneo municipal el mes que viene.

–¡Guau! ¡Muchas gracias, profe!

Sólo el profesor Aldo sabía que yo no tenía dinero para los tenis. Mis compañeros de salón se portaban normal conmigo: Frisco, Asha y su hermano Yaro, que va en sexto; Melgarejo, que es un chavo bien chistoso, Cristina, que es buenísima para anotar canastas... todos ellos se estaban haciendo ya mis amigos. Llevaba yo tres semanas de clases y como si nada. Hasta pensé que mi plan era perfecto, que nadie más me iba a volver a molestar como en Cayauco. Es más, pensé que por haber aplicado esos tres pasos tan fáciles, había logrado que todos me vieran igual a ellos, que nadie me hiciera menos. ¡Mmm! Pero no contaba con Ramón Ortigosa.



Un tipo mala onda

Al otro día, a la salida estaba haciendo un frío horrible. Ahí estábamos todos, Ortigosa también. Y a mí, que se me ocurre decir:

–¡Híjole, qué frío está haciendo! ¿No?

Ortigosa se me quedó viendo con una mirada que me dio más frío todavía.



–¡Pues también, Arenas! ¡Con ese suéter marca *Patito* que traes! ¿Qué no tienes una chamarra más gruesa o qué?

–No le hagas caso, Carlos– me dijo Elena jalándome del brazo. Pero yo no iba dejar las cosas así.

–¡A mí no me pasa de nuevo!– pensé y que le contesto:

–Claro que tengo chamarra... Bueno, más bien tenía, una bien suave, con el escudo de *Los Potros*, lo que pasa es que no sé dónde la dejé. Se me perdió ayer que salí en la tarde.

–¡Sí, cómo no! ¡Qué casualidad! ¿Y los tenis se te perdieron antier o qué? Porque ayer hubo deportes y tú no los trajiste. A mí lo que se me hace es que a tu papá no le alcanza para comprártelos.

Algunos de mis amigos se enojaron con él. Le dijeron que qué mala onda era, que nada más juzgaba a las personas por lo que tienen



y no por lo que son. Pero hubo muchos que se reían, me miraban y se reían. Varios le seguían la corriente a Ortigosa y otros, como que no se enteraban de lo que estaba pasando... o no les importaba.

–¡Ay! ¿No me digan que no se habían dado cuenta que éste no tiene tenis?– les decía Ortigosa a los demás. –Por eso siempre trae esos zapatos gastados. Y...¿qué crees, Arenas? Que aunque entres al equipo de básquet, con tus zapatitos negros no puedes jugar en el torneo.

Eso sí me enfureció

–¡Claro que puedo!

–¡Claro que no! –me contestó Ramón muy seguro.– Averígualo si quieres, lo dice el reglamento de la federación –y se fue dándome la espalda.

¡Me dio un coraje...! Salí corriendo, furioso con Ramón por tratarme así, furioso con el reglamento de la federación, que obligaba a usar tenis; furioso con mi papá, que no me los podía comprar.

Elena salió corriendo detrás de mí.

–¡Carlos! ¡Carlos! ¡Espérame! ¡No le hagas caso, es un sangrón!

–¿Cómo no le voy a hacer caso? Seguro que tiene razón y que los tenis son obligatorios. No voy a poder entrar al torneo.

–¿Así, de plano?

–¡Claro! ¿Qué quieres que haga? No tengo tenis y mi papá no tiene dinero para comprármelos. ¡Siempre es lo mismo! Nunca le alcanza el dinero...

Elena se me quedó viendo muy seria.

—¿Y tú qué?

—¿Cómo que yo qué? ¡Yo nada! ¿Qué puedo hacer?

—¿Nada? ¿No puedes hacer nada o no te has puesto a pensar en nada?

¡Ay, caray! Eso que me dijo Elena me dejó pensando. ¿De veras habría algo que yo pudiera hacer y que no se me hubiera ocurrido? Tal vez era hora de inventar otro plan. Como el Anti-Zarra parecía ir en picada, a lo mejor había que cambiar de idea: se trataba de conseguir unos tenis para poder jugar en el torneo. No sabía cómo, pero sí sabía que esa misma tarde tenía que idear, con todos los detalles, un nuevo plan.



El fabuloso plan Yatengotenis

El principal problema era el dinero, eso estaba claro. Mi papá no tenía para los tenis. Pero se me ocurrió que a lo mejor yo también podía ganar unos pesos y así cooperar con él para comprarlos.



Cuando le conté a Elena, entre los dos nos pusimos a pensar qué podía yo hacer para ganar algo de dinero. Empezamos juntando latas de refresco para llevarlas a vender. También nos pusimos a recoger periódico viejo en las casas de toda la gente que Elena conocía en Kipatla.



Una tarde, pasamos por enfrente de una tienda que se llama “Los Patos” y a Elena se le ocurrió una idea.

–¡Espérame aquí!– me dijo, y entró muy decidida.

Al ratito me llamó. Me presentó al dueño de la tienda: don Esteban.

–Hola, Carlos, mucho gusto.

–El gusto es mío, señor– le contesté como dice mi papá que se debe contestar educadamente.

–Me dice Elena que te vendrían bien unas propinas...

Yo me quedé de a mil.

–¿Unas propinas?

–Sí, que estás ahorrando dinero para algo importante.

–Sí, señor.

–Pues mira: aquí en la tienda a veces me piden cosas por teléfono



y tengo que llevar los pedidos; otras veces, la gente compra mucho y si viene caminando, le resulta muy pesado cargar. A veces necesitan alguien que les ayude, y les dan su propina. ¿Te interesaría?

–¡Claro que sí, señor!

–Pues muy bien. Tengo un carrito que te puedo prestar, para que se te haga más fácil. Mira, te lo enseño.



Y me llevó adentro de la tienda. Sacó un carrito de madera, de esos chaparritos, que se jalan con un lazo y me lo entregó.

–Este es tu compañero. Yo lo uso a veces, cuando voy a dejar algo por aquí cerca. Se llama *Carrilingas*. Seguro que tú y él van a hacer muy buena pareja.

¡Guau! ¡Yo estaba feliz! Quedé con don Esteban que todas las tardes, después de la escuela, me iría a la tienda a esperar que saliera alguna entrega o que llegara alguien a quien ayudar.

Esa misma tarde, acompañé a Elena a su casa y me fui de regreso por la avenida principal, donde están todas las zapaterías. Apunté en mi cuaderno cuánto costaban los tenis en cada una. Escribí

también la dirección de “Pasito Tun-tún”, que era donde estaban más baratos. Así podría regresar después a comprarlos, cuando juntara con mi papá todo el dinero.

Cuando llegué a la casa, le conté a mi papá todo sobre el fabuloso plan Yatengotenis y sus avances del día. Mi papá me acarició la cabeza y me dijo:

TERÍA
ELOZ

ZAPATERÍA
Pasito Tun-tún

Pasito Tun-tún





–Muy bien, m´hijo. Yo también me voy a poner a juntar todas las latas de refresco que me encuentre en la obra. Con ese plan que se te ha ocurrido, verás como pronto compramos esos tenis entre los dos. Hace poco me confesó que me vio tan interesado en mis tenis, que también pensaba pedirle prestados unos centavos al archi.

Carrilingas y Carlangas: servicio a domicilio

La primera tarde, le pedí permiso a don Esteban de pintarle a mi carrito algo que se me había ocurrido en la noche: *Carrilingas y Carlangas, servicio a domicilio*. Primero pensé en:



Carlangas y Carrilingas, pero luego me di cuenta de que el que llevaba la carga más pesada era el carrito. Por eso lo puse a él primero.

Ese día hice dos entregas solamente. Era miércoles. El jueves hice cuatro. El viernes otras cuatro, pero el sábado, yo no sé si porque la gente ya me conocía o porque me recomendaron con otros, llegué a repartir ¡12 pedidos! Cinco pesitos acá, dos allá, una señora que me dio 10... mi monedero iba engordando tanto que le tuve que pedir a don Esteban que me cambiara mi dinero por un billete. ¡El plan estaba resultando!



Estoy seguro de que el profesor Aldo lo hizo a propósito para ayudarme: cada tarde se le ofrecía algo y siempre me decía que Cris, su sobrina y él estaban muy ocupados para salir a la tienda. Una vez le llevé una bolsa de detergente, una lata de chiles y un pan; al otro día, una jerga y unos focos. Siempre me daba muy buenas propinas. Una tarde me dio 15 pesos sólo por llevarle un cepillo de dientes!

La segunda semana me fue muy bien, la tercera, mejor. Total, que al mes, cuando Elena me acompañó con Carrilingas a entregar el costal de latas y el tambache de periódico que habíamos juntado... ¡ya habíamos reunido la mitad de lo que costaban los tenis!

¡Yo estaba feliz!
Pensaba llegar a la casa a contarle a mi papá la buena noticia, pero cuando me asomé a ver los tenis en "Pasito Tun-tún", no podía creer mi buena suerte. Ahí estaban mis tenis, con sus agujetas de rayitas. Debajo les habían puesto una estrella fosforescente que decía:

¡APROVECHE!
Oferta Especial
Tenis "Sanzón"
50% de descuento por inventario
hasta agotar existencias

Yo no sabía qué cosa era lo de “por inventario”, pero sí sabía que 50% de descuento, quiere decir que cuesta la mitad. Toqué mi monedero en el bolsillo y entré a la zapatería sin dudarle siquiera. La señorita se me quedó viendo con cara de “¿este niño de qué se ríe?”. Ella no sabía que me estaba comprando mis tenis yo sólo, sin que hubiera tenido que ayudarme mi papá.

Me los llevé puestos, corriendo y brincando de gusto hasta llegar a mi casa.

¡Otra vez Ortigosa!

Me fui a la escuela muy contento: tocaba deportes. Al profesor Aldo le iba a dar muchísimo gusto ver mis tenis. ¡Y yo me iba a sentir tan, pero tan bien cuando el Ramón Ortigosa se diera cuenta de que yo también podía entrar al torneo de básquet!

El profe, como siempre, no me dijo nada enfrente de los demás, sino que me llamó aparte:

–¡Qué bonitos tenis, Arenas!

–Me los compré yo solo, maestro– le dije, y él me dio un apretón de manos.





–Felicidades, Carlos. Debes estar muy orgulloso.

–Sí, gracias, profe.

En cuanto se acabó la clase y se fue el maestro, vi venir a Ortigosa derechito a mí, con cara de pleito.

–¡Miren! –les enseñó a sus amigos. –El papá de Carlitos ya juntó para los tenis. ¿Nos dejas verlos?– me dijo burlón.

–No hay nada que verles a unos tenis– le contesté.

–¡Claro que no hay nada que verles! ¡Están tan chafas que no llegan ni a marca *Patito*!– ¡Y que me da un pisotón y se ríe! –Perdón, es que quería estrenarlos.

Elena me miraba del otro lado del patio. Se dio cuenta perfecto de que yo me estaba enfureciendo con Ortigosa de nuevo. No me aguanté y le contesté el pisotón:

–¡Ay, perdón, es que tus tenis son de marcas muy famosas, pero les faltaba mi marca! ¿Quién te los compró?

–Mi papá, él sí me puede dar todo lo que le pido.

–¡Pues qué suerte! Yo, en cambio, estos tenis me los compré solo. Ahí luego platicamos cuando tú te compres los tenis con tu trabajo.

Y me fui. Ortigosa se quedó gritándome muy enojado y diciéndome no sé qué tantas cosas. Yo ya ni lo oí. Tenía algo más importante en qué pensar. El profe Aldo me había incluido oficialmente en el equipo para el torneo. Tenía que apuntar en mi cuaderno: dos fotos tamaño infantil. ¡Si se me olvidaban no me iba a poder inscribir con los demás del equipo!



El retorno de Cayauco

Yo no lo sabía, pero el equipo de la escuela de Cayauco iba a estar también en el torneo. Lo supe cuando vi la lista de los equipos y el calendario de juegos.

–¡Chin!– pensé. –Seguro que vienen Juárez, Talancón y Pichardo– ellos eran muy amigos de la niña que me puso el apodo de *El Zarra* cuando éramos compañeros de salón y eran insoportables. Por suerte no nos tocaba jugar contra ellos en las primeras rondas. Si los eliminaban yo no tendría que verlos, ni jugar contra ellos. Pero no los eliminaron.



Nosotros veníamos jugando bastante bien. Teníamos un buen equipo, la verdad: estaba Fede, que no pierde un tiro, aunque sea desde media cancha; Miguel Andrade, que corre como loco con el balón; Luisito, que defiende... total, todos eran buenos jugadores. Hasta Ramón Ortigosa, tengo que reconocerlo, todo lo que tiene de sangrón lo tiene de veloz y de hábil en el básquet. Lástima que sea tan personalista.

Nadie nos había ganado y llegó el momento de las semifinales, justo el que yo no quería que llegara: teníamos que jugar contra Cayauco. Además, el partido iba a ser en nuestra escuela. Yo tenía miedo de que estos tipos llegaran a burlarse de mí en mi propia cancha, a gritarme ¡Zarra, Zarrapastroso! frente de todo Kipatla.





El día del partido mi papá llegó a verme jugar. Resultó que conocía a Juan Luis, porque un día, cuando recién habíamos llegado a Kipatla, lo ayudó a bajar la banqueta para cruzar la calle con su silla de ruedas. Eso era cuando todavía no había rampas. Es más: mi papá hizo las rampas. Juan Luis sabía que era el albañil que había cooperado para que se pudieran hacer las rampas y le caía muy bien. ¡Y yo que no le había contado que era mi papá!

El partido estaba muy reñido. Ellos metían una canasta, nosotros los empatábamos; nosotros les sacábamos ventaja, ellos anotaban. Por suerte no se habían metido conmigo.

Faltaban ya muy poquito para que se terminara el juego, minutos, creo. Íbamos 28-27 favor Cayauco. Con una sola canasta que metiéramos les podíamos ganar. Había que aprovechar cualquier oportunidad.





¡En eso que Ramón le quita la pelota a uno de los de Cayauco y que se arranca a todo lo que da! Yo corrí a ponerme debajo de la canasta ¡estaba solo! En cambio a Ramón ya lo estaban acorralando los contrarios. ¡Si me la pasaba seguro que yo podría meter la canasta que necesitábamos!

–¡Ramón! ¡Ramón! ¡Acá!– le gritaba desesperado. Pero él seguía corriendo solo. ¡Lo atacaron entre dos! Y yo: –¡Ramón, pásamela! ¡Acá! ¡Estoy solo!– Me volteó a ver, pero no me hizo el pase. ¡Justo en ese momento le quitaron el balón!

A los cinco segundos el árbitro pitó el final del partido: Cayauco nos había ganado por un puntito.





Un final sin nombre y olvido

¡Todos estábamos furiosos con Ramón Ortigosa, pero yo creo que el más enojado era el profe Aldo!

–¡Pero qué hiciste, Ramón! ¿Por qué no se la pasaste a Carlos?

–Porque no– contestó Ramón descaradamente. –Porque no se la iba yo a pasar para que éste anotara la canasta del gane. ¡Preferible perder!

–¡Pues no vuelves a jugar un solo partido más en todo el torneo ¿Me oyes? ¡Serás muy veloz y muy hábil, pero si no sabes aprovechar el gran talento de tus compañeros jamás vas a ser buen jugador!



Eso del “gran talento” lo oyó mi papá y también Elena, para mi buena suerte. Ahí estaba, junto a mí. Entonces, uno de los de Cayauco se me acercó y me dijo:

–¡El Zarra!

–¿Es tu amigo?– le preguntó a Elena el de Cayauco.

–¿Carlos? ¡Claro que es mi amigo, si es a todo dar! ¿Por?

Y como que el chavo se quedó pensando y me miró con unos ojos que ya no eran burlones. Elena se quedó con la duda.

–¿Por qué le dijiste *El Zarra*?

–Este, no... –improvisó el otro–. No era *El Zarra*, era *El Farra*, con efe. Es que un día que salimos de noche, se desveló de más y desde ese día le dijimos *El Farra*, por fiestero y desvelado.

–¡Ah, mira! –se rió Elena–. Esa sí que no me la sabía.

El de Cayauco, Miguel, o Manuel, creo que se llamaba, me dio la mano. Se subió a su camión y oí que los demás le empezaron a decir: ¡Uy, ya se hizo amigo del *Zarra*!

A él como que no le importó, porque mientras me decía adiós por la ventana les contestó: “¡Ay, y ustedes dale con lo mismo!”



Para que **CONOZCAS** más...

¿Sabes cuántas personas en México viven en situación de pobreza?

Cuando hablamos de pobreza es importante visibilizar la falta de las necesidades básicas que una persona debe tener para poder funcionar como parte de una sociedad. Hablamos de una inestabilidad económica y social que coloca a muchas personas en una desigualdad estructural en cuanto a bienes y acceso a oportunidades.

Una de las grandes consecuencias de este fenómeno es el rezago educativo que viven muchas niñas, niños y adolescentes debido a la falta de recursos económicos en sus familias o entornos de convivencia; el abandono escolar o la suspensión educativa en edades de formación es una de las consecuencias más habituales. Aunado a eso, la mala alimentación y los carentes servicios de salud y seguridad colocan a las personas en una situación de exclusión de distintos espacios sociales.

En México, millones de personas viven en una situación de pobreza que les impide ejercer plenamente sus derechos, por ejemplo, el acceso a servicios de salud, a poder asistir a la escuela todos los días o comer diario. Hasta 2016 se registraron 53.4 millones de personas que viven en situación de pobreza en nuestro país, de las cuales 9.4 millones de personas se encuentran en situación de pobreza extrema (Coneval, 2016).

¿Cuáles son las carencias de las personas que viven en situación de pobreza?

- La principal carencia que más afecta a las personas mexicanas es la falta de seguridad social, ya que 68.4% de la población no tiene acceso a este derecho.
- Al menos 1 de cada 2 personas en nuestro país tiene que vivir sin un ingreso económico suficiente para poder comprar alimentos de la canasta básica, no tiene acceso a servicios y, por tanto, no puede ejercer alguno o varios de sus derechos, como la educación o salud (Coneval, 2016).

¿Qué piensas acerca de que algunas niñas y niños no pueden asistir a la escuela porque su familia se encuentra en situación de pobreza?

¿Quiénes viven en situación de pobreza?

De acuerdo con los datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval, 2016):

- 7 de cada 10 personas indígenas en México viven en pobreza.
- La pobreza afecta mayormente a las mujeres, por ejemplo, en México 3 de cada 10 madres son jefas de familia, es decir, que más de 8 millones de hogares

mexicanos están a cargo solo del trabajo de las mujeres, y 45.9% de ellas se encuentran en situación de pobreza.

¿Por qué crees que ocurra esto?

- Los estados de la República Mexicana que reportan un mayor número de personas en situación de pobreza extrema son Veracruz, Oaxaca, Chiapas y Guerrero. ¿Vives en alguno de estos estados del país?
- Las personas que viven pobreza extrema son aquellas que tienen más de tres carencias sociales, por ejemplo: educación, vivienda y alimentación.

¿Qué problemas enfrentan las personas que viven en situación de pobreza?

- 74.5% de la población de 18 años y más considera que, en alguna medida, los conflictos entre la gente de un mismo vecindario, colonia o localidad se deben a la clase social de las personas (Conapred, 2017).

Reflexiona y actúa

¿Qué sentirías si no pudieras ir a la escuela por falta de dinero? ¿Y si no pudieras comer? ¿Alguna vez te has sentido discriminado o discriminada por habitar en el lugar donde vives? Todas las personas tienen el derecho de ir a la escuela y de recibir un trato digno sin importar su condición socioeconómica.

¿Conoces alguna persona que no pueda ir a la escuela por ser pobre? ¿Qué crees que necesita? ¿Qué puedes hacer tú para contribuir a mejorar su situación? ¿Quién más debería actuar para hacerlo? ¿Se te ocurre alguna idea para ayudar a las personas que viven situaciones similares?

Escribe tus ideas y coméntalas con tu grupo.

Para obtener la información que acabas de leer, consultamos las siguientes fuentes:

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). *Evolución de la pobreza en México 2010-2016*. Consultado en: <<https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Comunicadosprensa/Documents/Comunicado-09-Medicion-pobreza-2016.pdf>>.

Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)/Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). *Principales resultados de la Encuesta Nacional sobre Discriminación 2017*. Consultado en: <http://www.conapred.org.mx/userfiles/files/PtcionENADIS2017_08.pdf>.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para tratarnos igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Los Tenis de Carlos, número 6 de la colección “Kipatla, para tratarnos igual”, se terminó de imprimir en noviembre de 2018 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso (IEPSA), S.A. de C.V., San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, Alcaldía Iztapalapa, 09830, Ciudad de México.

Se tiraron 3 000 ejemplares

El papá de Carlos trabaja como albañil en una constructora que requiere que se mude constantemente. A Carlos le apena que su papá no tenga dinero para comprarle cosas, porque siempre lo molestan en la escuela, incluso le apodaron "el Zarra", por zarrapastroso. Ahora se mudarán a Kipatla, y Carlos está dispuesto a realizar un plan para evitar ser molestado como en su antigua escuela; al final se dará cuenta de que la amistad y el talento de las personas es lo que más importa.

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

Distribución gratuita
Prohibida su venta